

los principios de la filosofía profana. Porque si el hombre no ha pecado, si es infeliz sin ser delincuente, si padece sin mérito ni causa, si una gracia interior no es el principio de su fuerza, ni la justicia la medida de sus penas, es evidente que entónces aquel justo lucha contra una necesidad ciega, que no emplea en este combate mas que sus propias fuerzas, que si vence se debe á sí mismo la victoria; y convidar al Ser supremo al espectáculo de este triunfo, seria llamarle á ser testigo de su injusticia, y hacerle ver que en cierta manera el hombre era superior á Dios.

El Evangelio es el único que nos ha enseñado el arte sublime de ser uno feliz; porque cuantos aspectos pueden presentar los sufrimientos á un cristiano, son para él otros tantos motivos de consuelo. ¿Qué son las aficciones para el cristiano? Penas del pecado, la ejecucion de una sentencia infinitamente justa, amarguras saludables que se derraman en los objetos que nos embelesan, para que los deteste nuestro corazon, y se convierta á los bienes puros y verdaderos: castigos paternales, tormentos de misericordia, segun la expresion de un Padre, sacramentos de amor, accesion honrosa de lo que nos grangeó la pasion de Jesucristo, títulos de conformidad con este divino modelo; finalmente, pruebas pasajeras que expian las culpas, que purifican las virtudes, que aumentan los méritos, que consuman la santificacion, y

que deben ser coronadas con todo el resplandor de la gloria. Decidme, ¿qué filosofía podrá presentar al hombre tantos y tan altos motivos para ser paciente y valeroso en las desgracias?

Si á estas divinas lecciones se añade el atractivo interior con que la religion alienta los corazones, y les hace amar lo mismo que padecen, es preciso confesar que Jesucristo es el grande, el único consolador del universo; y entónces se entiende por qué tantos cristianos han encontrado paz, serenidad y dulzura en el dolor, en los oprobios y en la muerte; por qué tantos mártires invocaban ellos mismos los suplicios, desafiaban el furor de los tiranos, y fatigaban la crueldad de sus verdugos, entregándose á los tormentos, que los conducian á la patria bienaventurada.

Y esta intrepidez de los héroes cristianos no era singularidad extraña, ni tampoco entusiasmo pasajero; era un sentimiento permanente, comun y profundo, una disposicion habitual y meditada. Era sin duda grande prodigio, pero de casi todos los dias en los primeros cristianos. San Pablo decia en nombre de todos: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Nada: ni la aficcion, ni los tormentos, ni la hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la violencia; porque de todos estos males nos saca victoriosos el que nos ama; y ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las fu-

turas, ni las altas, ni las profundas, ni criatura alguna podrá separarnos jamas del amor de Dios en Jesucristo Señor nuestro.

Es muy digno de observacion que miéntras la espada de los perseguidores estaba colgada sobre el cuello de los cristianos, la religion se mantuvo con un aspecto agradable y sereno, y que al fin salió mas brillante y fervorosa del seno de las tribulaciones; pero que cuando la paz, la calma permitieron á los carnales introducirse en la Iglesia, y con ellos sus vicios, entónces se vió obligada á hacer mayores esfuerzos para elevarse sobre las aguas impuras del siglo. Entónces muchos para evitar el contagio que temian, buscaron su remedio en el retiro. Otros que aspiraban á la mayor perfeccion, dejan el mundo, y se acogen á la soledad. Los desiertos se pueblan, los yermos se transforman en pueblos. Los que deseaban vivir únicamente con su Dios, se ven forzados á dejarlos de nuevo, para esconderse en soledades mas profundas; y la vida del Bautista, que fué el asombro de la Judea, se hace el modelo comun que imitan tantos solitarios.

Allí ocupan los dias y las noches en cantar las alabanzas del Señor, en derramar su corazon en su presencia por medio de la oracion continua, en escucharle sin intermision meditando las santas Escrituras, en estrechar con mas fuerza los lazos de la caridad que los reune, y en trabajar

con sus manos para socorrer á los pobres. Si escondidos á los ojos humanos se libran de una muerte violenta en el suplicio, es para entregarse á otro martirio acaso mas penoso; porque es mas prolijo y doloroso, y que no tiene mas testigo que el Dios por quien le sufren. Pero parece que, superiores á su débil naturaleza, han dejado en el mundo todo lo que tenian de humanos, y que ya viven ménos en la tierra que en el cielo.

Con todo estos solitarios, aunque escondidos en el secreto de Dios, no pierden de vista los intereses de su Iglesia; en el fondo de su retiro saben sus bienes y sus males, ven las tempestades que la agitan, tiemblan de las desgracias que la amenazan, se afligen de los escándalos que la deshonran, y postrados dia y noche en presencia de aquel que manda los vientos y refrena al mar, le representan con dolor y confianza, que sus hermanos peligran; piden por ellos, y ya que no pueden salvarlos con su ministerio, los salvan con sus oraciones y gemidos.

Quando les parecen los riesgos mas urgentes, salen de su soledad para oponerse á los que quieren alterar la fe, ó corromperla disciplina. Las promesas de los prevaricadores no pueden nada con su desinterés; las amenazas no detienen un instante su valor. ¿Qué delicias pueden seducir á los que solo aspiran á tormentos? ¿Qué calabozos pueden espantar á los que ya no viven si-

no en tumbas? ¿Quién puede acobardar á los que solo desean derramar su sangre por amor del que primero la derramó por ellos,

Estos son los efectos que ha producido la moral cristiana; estos fueron los frutos del Evangelio. El mismo espíritu le acompañaba á todas partes, y en todas se veían las mismas results. Estos son hechos públicos y notorios que no es posible dudar; todos los escritores contemporáneos y testigos nos los refieren, y jamas han sido desmentidos. Uno de ellos Justino, hombre muy sabio, que de filósofo gentil se hizo cristiano, decía á los enemigos de la religion.

„¡O doctrina celestial! Tu no formas poetas, filósofos ni oradores; pero tú de mortales nos haces inmortales, de la tierra nos elevas al cielo, y nos haces participar de la naturaleza divina. Esto es lo que me ha transportado de admiracion, esto es lo que me ha hecho abandonar mis antiguos errores, y abrazar la doctrina pura y sublime del Evangelio. Venid á mí, aprended lo que he aprendido; y pues yo era lo que vosotros sois, no desesperéis de ser algun dia lo que ahora soy. La doctrina evangélica se sostiene por su propia virtud. Es secreta, pero eficaz; pues purifica el corazon, reprime los afectos sensuales, nos hace ver la luz y gustar de la paz, desterrando la inquietud y el desorden de las pasiones.”

¿Y con qué medios una mortal tan severa y tan contraria á las inclinaciones naturales pudo sujetar á tantos hombres corrompidos? La respuesta es muy simple, con la fe. Como la religion fué demostrada con tantas y tan evidentes pruebas, no era posible dudar de su verdad, y los que la creían verdadera, era consiguiente que creyesen tambien la moral que predica, las dichas que promete, y las desgracias con que amenaza. Jesucristo habia dicho á sus discípulos (1): „No temais al mundo, yo le he vencido.” ¿Y cómo le venció? Con la fe que nos vino á enseñar.

San Juan escribió á los primeros cristianos: ¿Qué es, hermanos, lo que nos ha dado la victoria para triunfar del mundo? Nuestra fe. Y esto es muy claro; porque ¿con qué medios nos pierde el mundo? Con sus errores que nos engañan, con sus halagos que nos corrompen, con sus amenazas que nos intimidan, y con el respeto humano que nos avasalla. ¿Pero de qué modo la religion nos hace superiores á todos estos estímulos, y nos da la victoria? Ve aquí el cómo; y vamos por partes.

Es visible que el mundo está lleno de errores, y de errores los mas palpables y groseros; tiene muchas máximas falsas, y se ha forjado con ellas principios que le parecen incontrastables. Por

(1) Joan. xvi. 33.

ejemplo, el ambicioso que estima la fortuna mas que todo, se la propone como el objeto mas digno de sus deseos, y la busca á todo precio. El avaro que hace su dios de las riquezas, se persuade que no vale sino á proporcion de lo que tiene, y piensa que el afan de aumentar sus bienes es el negocio de mayor importancia. El voluptuoso que no imagina estar en la tierra sino para lisonjear sus sentidos, no conoce mayor felicidad que la de contentar todos sus gustos. El hombre de estado que se ocupa en los intereses públicos, se figura que la primera virtud es la prudencia humana, ó aquella política astuta que inventó el interes, y que sostiene el amor propio. Ve aquí los principios, las reglas de conducta que el mundo sigue. El que no las adopta pasa por un hombre débil, se dice de él que no es bueno para nada; y el que quisiera contradecirlas pasaría por hombre del otro mundo.

Pero á pesar de que estan generalmente establecidas, cuando se examinan de cerca no se halla en ellas ni razon, ni humanidad, ni buena fe. La religion nos descubre su falsedad; porque discurrendo con mejores principios saca consecuencias opuestas. ¿Sobre qué principios establece el mundo sus erradas máximas? Sobre el amor propio, sobre las inclinaciones de la naturaleza corrompida, sobre las pasiones del corazon. No es extraño que de raices tan infectas vengán fru-

tos dañados y podridos. ¿De la mentira qué puede salir sino otra mentira? Pero la religion tiene ideas diferentes, sus máximas se fundan en principios muy puros: como son el respeto mas rendido, y la mas inviolable obediencia á la ley de Dios, el amor del prójimo hasta de sus enemigos, el desapego del mundo y de sí mismo, el desinterés, la fidelidad, la rectitud del corazon, la mortificacion de los sentidos, la santificacion de su alma, y el cuidado de su salvacion.

De esta contrariedad de principios nace necesariamente la contrariedad de las máximas ó de las reglas de la vida; por eso un cristiano es un hombre que debe precisamente pensar y obrar de otro modo que el mundo: y esta es la primera victoria que la religion ha obtenido y obtiene cada dia, haciendo que muchos de los que eran mundanos, se desengañen de sus falsas opiniones, y descubran su ilusion y su peligro. El mundo se burla, lo tiene por locura; pero el cristiano sabe que esta es la verdadera cordura, y que aun consultando solo á la razon, todos los principios del Evangelio son utiles y justos.

Se observa que desde que con la edad empieza á entibiarse en un hombre el fuego de las pasiones; desde que con la madurez está mas en estado de discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso, y considera los objetos con mas aplicacion y solidez, las máximas del Evangelio que re-

pugnaban á su corazon, empiezan á parecerle mas bien fundadas de lo que creia; que cuanto mas examina sus motivos y sus efectos mas le parecen respetables; que él mismo se sorprende de su ceguedad pasada; que estas primeras luces le penetran mas cada dia, y acaban por desengañarle, y que en fin, entónces ya defiende con celo las mismas verdades que habia despreciado con seguedad y precipitacion.

Este triunfo honra á la religion, y ella se aprovecha para hacer nuevas conquistas, y someter otros incrédulos. San Pablo que fué criado en el judaismo, y el mas ardiente perseguidor de la Iglesia, desde que se le vió apóstol y doctor de las gentiles, fué un argumento poderoso y visible contra los judíos. Solo su ejemplo debia forzarlos á reconocer la eficacia y la fuerza de la fe cristiana.

Si el mundo con sus errores ciega al espíritu, con sus dulzuras pervierte al corazon: para lo primero influye con la seduccion; para lo segundo con sus atractivos. Lo que llamamos dulzuras del mundo es lo que San Juan llama concupiscencia de los ojos, de la carne, y orgullo de la vida; esto es, todo lo que puede agradar á los ojos, lisonjear los sentidos, excitar la curiosidad, contentar al amor propio, y hacer nuestra vida dulce, deliciosa y agradable.

Estas son las armas con que el mundo ha con-

quistado en todo tiempo los corazones de los hombres. Si la razon se valiera de sus propias luces, bien pudiera alcanzar, que todos esos halagos son frívolos, que todos ellos son una bagatela, un nada, y que de ordinario nos engañan; pero por una especie de embriaguez, aunque no ignore que son falsas y peligrosas estas dulzuras, encuentra en ellas un atractivo poderoso de que no tiene valor para privarse. La razon no puede mas que hablar; pero el atractivo se hace sentir, y arrastra el corazon con mas violencia.

Solo la religion le puede vencer, y tiene muchos medios con que logra desterrarle del alma. Ella nos inspira el espíritu de penitencia que le arroja, porque nos recuerda sin cesar que somos pecadores: la vista de nuestros pecados y de los castigos que merecen, nos llena de un odio santo contra nosotros mismos, y nos disgusta de cuanto puede halagar la sensualidad, porque no corresponde al dolor de un penitente.

Ella nos inspira la mas alta estimacion de los bienes eternos, y fija en ellos todos nuestros deseos y pretensiones. El corazon ocupado en la grande idea que se forma de la bienaventuranza esperada, se despega poco á poco de los bienes transitorios, y se hace insensible á los mas seductores. Cuando levanto los ojos al cielo, decia un santo, todo lo que veo en la tierra me parece insípido y despreciable. Muchos lo habian dicho

antes, muchos lo dicen hoy; porque la religion comunica á todos la misma luz y el mismo gusto.

Ella nos produce tambien consuelos interiores, consuelos que los mundanos no conocen; porque *el hombre carnal*, dice el Apóstol (1), *no puede comprender lo que es Dios*; pero estos son consuelos espirituales tan superiores á los de los sentidos, como el espíritu es superior al cuerpo. El mundo se rie de esto; pero no puede presentar en todos sus hechizos y placeres nada que iguale á estas santas delicias de las almas, á estas satisfacciones internas del corazon, á estas alegrías puras de la virtud. El que una vez las llega á sentir y á gustar, halla muy insípidas todas las demas.

Es menester que el mundo esté muy ciego, para que no se desengañe; porque en todos los siglos, y en el nuestro han sido y son comunes los ejemplos. Siempre se ha visto, y hoy se ve una innumerable multitud de personas de toda edad, sexo y estado que abandonan los placeres con que alucina á sus secuaces. ¿Cuántas vírgenes jóvenes á quienes ofrecia él una larga carrera de delicias las huellan con desprecio? ¿Cuántos ricos del siglo que con su grandeza y opulencia podian gozar de las comodidades de la vida, se despojan de todo voluntariamente? ¿Por qué se desprenden de riquezas que son tan anheladas solo porque

(1) 1. Coriinth. 11. 14.

con ellas se satisfacen todos los deseos? ¿Por qué prefieren una pobreza en que apénas pueden hallar lo necesario? ¿Por qué desestiman la pompa y los honores que tanto satisfacen al orgullo? ¿Por qué prefieren la oscuridad de un retiro tan melancólico y desabrido para la ambicion?

¿Cómo pueden escoger la penitencia de un claustro, y los duros ejercicios de la mortificacion religiosa? ¿Quién les inspira resolucion tan extraña, tanto despego, tanto valor? Todo lo hace la fe con que viven, y de quien reciben estas divinas impresiones. En vano el mundo les presenta sus pompas mas brillantes, sus halagos mas dulces; en vano les brinda con caminos sembrados de flores; la fe disipa todos sus encantos y prestigios.

Tambien tiene el mundo sus persecuciones con que intimida á la virtud, y esta necesita de fuerza superior que la sostenga. El Apóstol tenia razon cuando dijo (1), que los que quieran vivir santamente conformándose al espíritu de Jesucristo, deben prepararse á rudos combates. En efecto, el que se propone abandonar la senda trillada del vicio, para repechar la cuesta áspera de la virtud, encuentra á cada paso burlas, mofas y escarnios. Mil respetos humanos intentan estorbarle su camino. Tal vez es un amigo que se resfria ó indis

(1) 11. Timoth. 11. 12.

pone, porque no se le favorece en sus empresas delincuentes. Tal vez es una familia entera, acaso un pueblo ó toda una provincia, porque se le obliga á vivir con regla, porque se pretende mantener el órden, y hacer justicia con exactitud.

Este es uno de los peligros mayores del mundo y la causa mas comun de los desórdenes de la vida humana; porque es difícil mantenerse firme contra tanta fuerza, y el hombre débil cae á su pesar, gimiendo de la esclavitud que le subyuga. Un sentimiento natural de equidad y conciencia le estimula á curarse de aquella tiranía; pero le falta el valor, y cuando llega el momento de la ejecucion, todas sus resoluciones le abandonan. ¿Qué es lo que puede darle fuerza, y mantenerle imperturbable contra tantos ataques? La religion, y la religion sola; porque con las armas de la fe se defiende de todos los golpes, resiste á todos los impulsos, y el corazon mas débil se hace invencible. No hay amistad que no rompa, sociedad de que no se separe, amenazas que no desprecie; ni hay esperanzas, intereses y ventajas que no sacrifique á su Dios y á su deber.

Tales son las disposiciones de un hombre á quien anima el cristianismo, y que está sostenido por la fe que profesa. Así piensa, y así ejecuta, y no puede dejar de hacerlo así; porque siendo cristiano, no reconoce otro poder que el de Dios; ó si reconoce otros, los mira como potencias sub-

ordinadas á la del Todopoderoso, á quien no hay ninguna que no deba ceder. Este sentimiento es evidentemente justo y generoso; pero no es un sentimiento que se queda en especulacion, que no tiene efecto ni consecuencia en la historia de la religion; pues no hay cosa tan frecuente como su práctica, á cada paso se encuentran los ejemplos.

¿Cuántos desprecios y ultrajes, cuántas pérdidas y miserias han sufrido los cristianos de uno y otro sexo por no desviarse de los caminos del Señor, y de las observancias austeras que prescribe su ley? ¿Cuántas desgracias, odios, animosidades y tormentos han soportado con valor? ¿Cuántas vírgenes castas que no ha sido posible profanar con ningun medio? ¿Jueces íntegros, que ningun esfuerzo ha logrado corromper, y aun artesanos y domésticos á quienes no ha sido posible desviar de la línea recta de la virtud? ¿Qué dolores no sufrieron millones de mártires? Nada los aterraba, ni el furor de sus tiranos, ni la crueldad de los verdugos, ni la obscuridad de los calabozos, ni la ferocidad de los suplicios. En medio de los tormentos inauditos sufrían con paciencia, y morían con dignidad.

La antigüedad se jacta de sus héroes; pero estos héroes que la gentilidad alaba tanto, y que venera con tanta idolatría, jamas mostraron tan heroica constancia. ¿Y de dónde venia á estos generosos soldados de Cristo una firmeza tan im-